

Recuérdame al morir

Silver Kane
(Francisco González Ledesma)



Silver Kane, escritor de géneros

Por Manuel Blanco Chivite

La última vez que hablé con Francisco González Ledesma fue, si no me equivoco, en el barrio de Gracia de Barcelona, a principios del verano de 2005. Hablamos de literatura de quiosco y de la posibilidad de recuperar algunos de los centenares de relatos que vieron la luz, a ritmo extenuante, en las emblemáticas y estupidas colecciones de bolsilibro de Bruguera. Se trataba, en definitiva, de repasar, releer y en no pocos casos leer por primera vez una amplia muestra de la obra de Silver Kane y hacer una selección, sin duda un tanto subjetiva, de lo que podría considerarse «lo mejor», sobre todo en el terreno del policial. Ni corto ni perezoso y con la ayuda de algunas indicaciones del autor, me puse a la tarea, aún antes de tener asegurada la eventual edición del proyecto. De ahí que, cuando pasado algo más de un año, David Panadero estableció formalmente tal posibilidad en La Factoría de Ideas, las novelas no sólo estaban seleccionadas sino que llenaban un par de cajones. Así que hubo que ir afinando y afinando, siempre según criterios que, por personales, pueden ser discutibles, hasta llegar a consensuar las cuatro novelas que hoy ofrecemos al público. Cuatro que bien podrían ser cuarenta, pues la inmensa obra de Silver Kane da para eso y más. En sus manos, pues, estimado lector, no «lo mejor» de Silver Kane, pero sí, como suele decirse, un botón de muestra de lo mejor.

Francisco González Ledesma nació en 1927 en el barrio barcelonés de Poble Sec, vecino de Joan Manuel Serrat. Fue hijo de una familia republicana que, tras la guerra civil, se vio represaliada.

Según él mismo ha contado, su vocación de escritor surgió a los trece años. A los veinte estaba ya en la editorial Bruguera, a la que se incorporó de la mano de su tío Rafael González, que había conocido los campos de concentración. Probablemente era el cerebro más creativo de la casa. Poco después, su primera novela, *Sombras viejas*, fue galardonada con el Premio Internacional José Janés en 1948, pese a lo cual, la censura no permitió su publicación. En el jurado estaba uno de los autores más famosos y cosmopolitas del momento, William Somerset Maugham, quien, curiosamente, escribiría respecto al género policial que, tras

Raymond Chandler, la novela policíaca estaba acabada, ya que nadie lograría superarle. No sé, ni me importa, si Chandler ha sido o no superado, lo que me alegra es que el género tenía y sigue teniendo cuerda para rato. Aquel joven Ledesma no iba a tardar en demostrarlo con creces.

En Bruguera se inició nuestro autor como guionista de los tebeos del Inspector Dan y del Doctor Niebla. Hasta que el propio Francisco Bruguera le propuso escribir novelas del oeste. Así nació Silver Kane, el escritor dentro del escritor. Pensaba escribir durante unos años, sin embargo aquella labor de locos, escribiendo a razón de novela semanal o incluso más, se prolongó durante más de quince años. Como el propio Ledesma ha declarado en más de una ocasión: «Fue el aprendizaje del perro como novelista. Esto de hacer ochenta folios que atraigan desde el primer momento...»

De entrada cobraba 1.500 pesetas por relato del oeste o policíaco, que se pagaban en dos plazos. Hasta 1953. Después, fue subiendo el precio hasta cobrar 14.000 pesetas por libro. En Bruguera quienes más cobraban eran Marcial Lafuente Estefanía y Silver Kane y quien llegó a la cotización máxima, Corín Tellado.

Durante muchos años no se cobraron las reediciones que, por cierto, eran bastante frecuentes. De hecho tengo en mi biblioteca no pocos títulos de diversos autores, en sus diferentes ediciones a lo largo de los años. Ya en los sesenta, la reedición se pagaba a cinco mil o seis mil pesetas.

Los relatos del oeste de Silver Kane se publicaron en prácticamente todas las colecciones de Bruguera: Bisonte, Búfalo, Salvaje Texas, Kansas, Ases del Oeste, Bisonte serie Azul, Héroes de la Pradera... En los años ochenta y noventa muchos de sus títulos se reeditaron en Ediciones B, a razón de 23.000 pesetas por título, y en Astri, editorial que dedicó una colección en exclusiva a sus relatos del Oeste.

Señalemos, aunque sea tangencialmente, que los bolsilibros del oeste españoles han sido objeto, entre otros, de un estudio académico por parte de Santiago Díaz Lage en un artículo del *Boletín Galego de Literatura*, del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela (Primer semestre, año 2000), titulado «Noventa e seis páxinas: a novela de vaqueiros como xénero paraliterario». El estudio se realizó en base sobre todo a textos de M. L. Estefanía, Silver Kane y Keith Luger.

Los relatos policiales de Silver Kane vieron la luz a partir de los primeros años cincuenta en la colección Servicio Secreto y, posteriormente, en Punto Rojo, siempre, claro está, en Bruguera.

En 1973 aparece la colección Selección Terror, que contó igualmente con numerosas aportaciones de Silver Kane que merecerían también una recuperación, al igual que no pocos de sus relatos de ciencia ficción, publicados en la colección La Conquista del Espacio, aparecida en 1971.

A modo de curiosidad hacemos notar que Bruguera se oponía a que en sus colecciones los autores repitiesen protagonista. No obstante, este principio se

alteró en alguna ocasión. Así, Silver Kane, en 1966 creó el personaje Clive Murdock, un agente del FBI cuyas aventuras se prolongaron en una docena al menos de novelas. La primera lleva por título *Protagonista, Clive*. La serie es de lo más interesante en la obra del autor.

Igualmente colaboró en la colección *DANS*, Enviado Secreto EO-004, de formato algo mayor que el clásico bolsilibro y mayor precio, diez pesetas, junto a otros tres autores de la casa: Frank Caudet (Francisco Caudet), Clark Carrados (Luis García Lecha, funcionario de prisiones) y Burton Hare (José María Lloró). Cada autor aportó un protagonista y una serie de aventuras a la colección. Silver Kane nos obsequió con las de Johnny Klem, personaje con el que consiguió algunos excepcionales relatos como *Las mujeres lobo* (a esta novela corresponde la frase: «Si la guerra no es un negocio, no tiene sentido», reflexión que nos aclara que todas las guerras, en efecto, tienen sentido) o *La isla de los siete espíritus*.

Otro apartado que merece citarse en su obra son las novelas dedicadas a temas de actualidad política en el momento de su redacción: la guerra de Argelia aparece en varias aportaciones a Servicio Secreto (por ejemplo, *O.A.S.* y *Saludos para el ahorcado*) o la guerra de independencia del Congo, en *Congo, hora cero*, novela por cierto que supera las 250 páginas, mientras la paginación normal oscilaba entre las 94 y las 120.

Sobre *Congo, hora cero* ha escrito el especialista Frank G. Rubio en la revista *Prótesis*: «Acción a raudales y personajes eficaces trazados con breves pinceladas... El suspense no desciende en ningún momento de la obra...».

Si fuésemos a resumir las características de Silver Kane como escritor podríamos destacar:

1. Estilo correcto, una prosa eficaz y funcional, adaptada al objetivo de entretener y apasionar por la lectura.
2. Imaginación y capacidad de inventiva.
3. Estructura y composición narrativa impecables.
4. Escenarios múltiples perfectamente documentados y en muchas ocasiones bien conocidos por el autor: Estados Unidos, Francia —uno de sus países favoritos—, Italia, Inglaterra, Argelia, Egipto, diversos países asiáticos...

Las novelas que presentamos

Para terminar diremos algo de las cuatro novelas que el lector tiene en sus manos.

La más antigua, de julio de 1957, es *Recuérdame al morir* y es una auténtica curiosidad, ya que el protagonista es el propio Silver Kane, escritor de novelas del oeste y policíacas que se ve envuelto en un trepidante y endemoniado caso, que él mismo convierte en novela. Acción, humor y complicidad con el lector.

Yo el asesino, la historia brutal de un agente de operaciones encubiertas; el asesinato de estado como método de gobierno; brutalidad policial y violencia despiadada... Quizás más verosímil, en el fondo, de lo que una lectura superficial pueda sugerir.

Millones de lucecitas transcurre en París y una frase inquietante nos da la medida de lo que vamos a ver: «Las cosas naturales están llenas de horror». Nada más natural que el matrimonio, por ejemplo, y suficiente para que surja el horror. Suspense e inquietud rayana en el terror conseguidos con una economía de medios y un muy limitado número de personajes. Un texto ejemplar.

El asesino de las doce en punto. En un centro de drogadictos Stirling oye hablar a una mujer «que acaba de entrar en el reino de los muertos». Sorpresas, notas de terror y la hora de los crímenes, las doce en punto.

Pues bien, y ahora terminamos de verdad con otra nota de interés. Francisco González Ledesma fue el tercer autor policial que recibió el Premio Planeta, en 1984 con *Crónica sentimental en rojo*. Los anteriores fueron Juan José Mira, en 1952, y Manuel Vázquez Montalbán en 1979. De los tres, los dos primeros premiados, pertenecían al PSUC y el tercero, como dijimos al principio, a familia republicana. Pero claro, esto ya es otra historia, la de Francisco González Ledesma, y nosotros hemos querido hablar sobre todo de Silver Kane, autor que merece sin duda muchas más páginas de las que aquí le dedicamos.

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Recuérdame al morir

1

Cuando más lo necesitaba, pues aquella semana tenía que pagar desde el último plazo de unos libros que había comprado hasta el alquiler de mi habitación, Dan Reynolds, que me debía trescientos dólares, desapareció y nunca más se ha vuelto a saber de él.

Posiblemente se enroló en la Marina, se marchó de fotógrafo a Budapest o se casó, todas las cuales son, al fin y al cabo, maneras de desaparecer.

El caso es que yo me quedaba sin mis trescientos dólares, y no podía explicar a ninguno de los acreedores que Dan Reynolds era un sinvergüenza, un fresco o un partidario de la inseminación artificial. Nadie iba a hacerme caso.

Fui a ver a Burkam, que por entonces era mi editor, y le dije que estaba escribiendo una novela.

—¿De qué? ¿Del Oeste? No se vende ni un solo ejemplar.

Burkam era un tipo que se pasaba incluso los domingos en su oficina, haciendo números, y que tenía una casa en las afueras, con un gran jardín por donde se paseaba libremente un caimán. Burkam se había hecho docenas de fotografías con él, y docenas de veces también me había amenazado con traer el caiman a su despacho.

—No me diga que va usted a insistir en los temas del Oeste. Sus novelas no se leen porque no dan sensación de realidad, porque son pura filfa.

—Pero señor Burkam, yo viví allí... Conozco el Oeste. Nevada es como mi segunda patria. ¡Yo podía haber descubierto una mina de oro debajo de sus desiertos pedregosos, áridos, silentes!

Con Burkam no valían las parrafadas. Me miró desde detrás de sus gafas y me espetó:

—Pues descubra usted la mina de oro y déjeme en paz a mí, Silver.

—Todo ha sido descubierto ya, señor Burkam. No quedan posibilidades ni siquiera para un joven que quiera trabajar. Pero entrégume usted un anticipo a cuenta de mi próxima novela, y le aseguro que esa será la mejor de todas las que he publicado. El otro día, mientras contemplaba con envidia a las parejas de enamorados de Central Park, recordé una vieja y conmovedora historia. Una

historia que se convertirá en la mejor de mis novelas, y que miles de lectores conservarán entre sus libros predilectos. Será una historia del Oeste, pero en la que juega un gran papel el amor —concluí.

—No interesa. El amor no es lo que busca con preferencia el público lector de novelas del Oeste. De modo que piense algo mejor si quiere sacarme dinero, Silver.

—Hay algo mejor. Estoy sin blanca. Ese granuja de Dan se marchó sin pagarme mis trescientos dólares.

—Y sin entregarme a mí el original que me debía. Y ahora recuerdo que usted lo presentó y garantizó el contrato. ¡Tendrá que devolverme lo que le pagué en concepto de derechos, o soy capaz de demandarle aunque sea ante la Cámara de Representantes! ¡Al fin y al cabo, de un tipo como usted no me extrañaría nada que se dedicase a actividades antiamericanas y al espionaje atómico!

Cuando Burkam se ponía así no había modo de sacarle nada. Era capaz de jurar que no había vendido un ejemplar de mis libros desde el siglo XVII. De modo que le saludé con una inclinación de cabeza, puse cara de mártir incomprendido y me dirigí en un elevado hasta el Bronx, donde estaba situado el despacho de Cottet.

Cottet era un tipo que negociaba con patentes, armas de contrabando, ropas usadas y derechos de autor. En sus libros semisecretos todo estaba confundido y todo venía a ser lo mismo. Me debía casi cien dólares de una traducción al portugués que un año antes se había hecho de varias de mis novelas.

Su despacho era pequeño, sórdido, miserable. A falta de cosa mejor, tras la mesa de su despacho Cottet tenía colgado un diploma de su colegio acreditando que había sido un niño de buena conducta. Un armario archivador lleno de botellas de güisqui estaba en un rincón. En el rincón opuesto había otros dos armarios llenos de libros y papeles, pero el archivador era el único que se cerraba y se abría.

Cottet tenía una secretaria que nadie sabía por qué estaba allí. Seguro que le debía mensualidades atrasadas y que por las noches soñaba con pellizcarla, lo cual debía notarse en sus ojos a la mañana siguiente. Pero a pesar de todo, Gladys, que así se llamaba la chica, no se iba. Debía sentir por Cottet una veneración filial, ya que además él era viejo y calvo y usaba todavía cadena de reloj cruzada sobre su chaleco.

Había olvidado ya aquella deuda, pero ahora fui con ánimo de cobrarla. Si Cottet no tenía dinero le propondría llevarme a Gladys como prenda, lo que al fin y al cabo no era mal negocio.

Pero sobre la puerta del despacho vi clavada una pequeña corona y en ella un rótulo: «Descanse en paz».

Entré de golpe, temiendo que se hubiera muerto Gladys. Pero no. Gladys no se había muerto. Estaba muy viva y miraba al débil trasluz de la ventana unas medias negras que acababa de sacar de su estuche de papel transparente. Lanzó un «Oh» como si yo la hubiera descubierto en alguna intimidad, lo cual viene a probar al fin y al cabo que las mujeres tienen mucha más imaginación que los hombres.

—¿Quién se ha muerto? —pregunté—. ¿Qué es lo que ocurre?

—No se ha muerto nadie aún, pero el patrón, Cottet, está dando las últimas boqueadas.

—¿Vive todavía y ya le habéis puesto la corona en la puerta?

—Es que dentro de media hora tengo que cerrar y empieza ya el fin de semana. De ese modo ya tendré el trabajo hecho.

Las mujeres son así de brutas. Lo que ocurre es que si las mujeres son como Gladys, uno no se fija en eso.

—No sabía que Cottet estuviera enfermo... —susurré.

—¿No? ¿A qué has venido?

—Hay unos antiguos derechos de traducción que suman casi cien dólares. Me interesaría cobrarlos porque de lo contrario no voy a poder llegar al lunes próximo. Dejo mi dinero a los amigos, me fío de ellos y luego viene el desastre. Oye, Cottet no se querrá ir al otro mundo dejando deudas, ¿verdad? —pregunté recelosamente.

—En cuanto Cottet muera, este negocio hará explosión. Hay doscientos acreedores preferentes que se echarán encima. Yo misma no he cobrado en los últimos dos meses. De modo que vete pensando en algo mejor para solucionar tus apuros.

—Pero si Cottet vive esto continuará, ¿verdad? El tiene crédito y saldrá de este apuro. Ha salido de otros...

—Si Cottet vive puede que todo se arregle.

Tomé entonces una decisión y me senté en uno de los desvencijados butacones que había en el despacho.

—Esperaré a tener noticias. No hay nada que de tanta paciencia como tener una sola puerta a la que llamar. ¿No te molesta el que me quede aquí, Gladys?

—Haz lo que quieras. Yo voy a pasar a ese cuartito y me pondré algunos detalles de luto. Como algún día me entere de que has estado mirando por el ojo de la herradura, te abro la cabeza.

—Eres una empleada modelo, Gladys. Si alguna vez pongo un negocio ya me acordaré de ti.

—Más vale que te acuerdes de pagar los impuestos. El otro día vinieron a revisar los libros y salió a relucir tu nombre un par de veces. Pero de eso ya hablaremos otro día.

Penetré en el cuartito de que me había hablado y salió al cabo de media hora.

Hay mujeres que tienen un sentido muy especial del luto. Gladys se había cambiado las medias, pero por lo demás no había hecho más que pintarse mucho los labios, darse *rouge* a las mejillas y peinarse con una fantástica cola de caballo.

Me miró con lástima y me preguntó:

—¿Aún sigues esperando el dinero?

—Me temo que Cottet era mi último recurso, Gladys.

Ella hizo un mohín, y en aquel momento llamaron la puerta. Sin esperar permiso, alguien la abrió, y dos individuos vestidos de gris penetraron en el despacho. A uno de ellos lo conocía por haberlo visto en una subasta en Coney

Island. Debía ser algo así como un agente ejecutivo. Los dos empezaron a mirar los muebles, pero luego vieron a Gladys y ya no miraron más.

—¿Qué es lo que vienen a hacer ustedes? —preguntó ella con una actitud muy digna, mientras contemplaba la perfección de sus labios con un espejito de mano.

—El viejo ha muerto —dijo uno de ellos.

—Descanse en paz —añadió el otro.

En aquel momento comprendí que no cobraría nunca, y que aquella era la semana de mi mala suerte. Y en aquel momento Gladys y yo comprendimos también que después del «descanse en paz», las frases a la memoria de Cottet habían terminado.

—Venimos a hacer un inventario de todo esto —dijo el que yo conocía como agente ejecutivo—. Hay docenas de acreedores que están interesados en una acción judicial para que estos bienes sean sacados a pública subasta.

—Me buscaré otro empleo —dijo Gladys—. Afortunadamente aún los hay en Nueva York. Todo esto me ocurre por depositar confianza en un fracasado como Cottet. ¿Vienes, Silver?

Dije que prefería quedarme allí. Y es que cuando uno nota más la tristeza de no tener dinero es cuando va junto a una mujer hermosa.

—¿Esperas que aún venga Cottet a pagarte, Silver?

—No, no espero que venga. Los muertos no vuelven nunca, y menos a pagar. —Dije esto sin tener ni la más remota idea de lo que vendría después. Sin sospechar que dentro de un par de horas me vería envuelto en un mundo de pesadilla. Y que esa frase de que los muertos no vuelven me parecería entonces una cosa discutible.

Salí cuando los dos tipos vestidos de gris iban ya a terminar su trabajo, temiendo que al fin me valoraran a mí también como un mueble. Eran las once de una noche negra, sucia, triste.

Y el Bronx, además, es un barrio negro, sucio y triste.

Las casas caían verticalmente sobre un asfalto húmedo, brillante, donde, el resplandor de los faroles parecía crear rostros que se burlaran de la noche. Las escasas ventanas iluminadas despedían una luz fluida y lánguida que era en las tinieblas como una mancha. Y mis pasos resonaban quedos y lentos en el silencio como las notas de una canción de la que nadie supiera el nombre.

Es inútil que uno empiece a preguntarse por qué cuando no sabía adonde ir eligió un determinado sitio. Por qué las cosas pequeñas influyen a veces en nuestro destino y lo cambian a veces todo. Es inútil preguntárselo porque no hay respuesta, pero todos sabemos que en la vida las cosas suceden así.

Nuestro mundo puede cambiar si un día, en vez de elegir ir por una calle, elegimos ir por otra.

Y así sucedió aquella noche.

Desde un *snack bar*, que todavía continuaba abierto, llegaba una música, suave y pegadiza, que me gustó. Era una música que parecía hablar de la noche, y de la ciudad en sombras, y de Gladys y de todas las mujeres hermosas que hay

en el mundo. Fui hacia allí y me detuve frente al local, oyendo la melodía. Luego todo acabó, y música, recuerdos, Gladys y mujeres hermosas fueron tragados por la maldita noche. Seguí andando.

Pero ya había tomado aquel camino.

Y el camino me condujo a una calle ancha y tranquila llamada calle Sesenta y Tres Oeste, si no recuerdo mal. Era una calle de edificios más bien bajos, con un pequeño jardín en la parte delantera, y en ese jardín unos arbolitos muy pequeños que se mueren de pena o de asco, pero que cada primavera aún sonríen tímidamente a sus dueños para que estos no se enteren. La calle Sesenta y Tres Oeste pertenece en cierto modo a la aristocracia del Bronx. Sus casas son confortables, y hasta hay allí una clínica. Claro que es una clínica para perros y animales domésticos, pero eso no hace al caso. Lo cierto es que hay a un lado de la calle un profundo desnivel, y que entonces se estaban realizando unas obras que lo arreglarían todo, pero que por el momento convertían el desnivel en un barranco.

Yo sabía esto de un modo muy vago. Recordaba haber pasado por allí en otra época, bastante antes de que Burkam fuese mi editor. Recordaba también que desde allí era posible divisar en parte una hermosa vista de la ciudad. Y pensé que ya que la ciudad no podía ofrecerme nada mejor, estaba al menos en mi derecho al pedirle que me ofreciese una buena vista.

Me encaminé hacia allí, y entonces salió la luna. Y esa luna alumbró montones de tierra, vallas, un par de casetas cerradas donde debía guardarse el material para las obras y, a lo lejos, el relieve desigual del barranco, tras el que se abrían las fauces negras de la noche.

Bueno, la luna alumbró todo eso, y algo más. Unas huellas.

Unas huellas de mujer.

Uno, en la tierra blanda de una zona donde se realizan obras, espera encontrar huellas de zapatones, de herramientas y aún de orugas de tractor. Nunca las huellas delicadas, pero firmes, dejadas por un zapato femenino. Y ese hecho insignificante, que en sí no tenía nada de particular, me llamó la atención por la clase de terreno, y porque había salido una luna redonda y clara, y quién sabe también si porque aún no había cenado aquella noche. Me llamó la atención y las seguí con el silencio y la rapidez que hubiera empleado un gato.

La mujer estaba allí.

Estaba allí, al fondo, quieta, vuelta hacia el barranco, con las manos recogidas sobre el pecho y la cabeza ligeramente hundida, como si estuviese concentrada exclusivamente en sí misma. La luz de la luna se proyectaba sobre sus cabellos rubios y los hacía parecer casi completamente blancos. Llevaba un vestido muy ceñido y que realizaba sus bonitas formas. Aquel vestido debía haber costado un dineral y las bonitas formas veinte o veinticinco años de buena alimentación, vitaminas y excelentes cuidados médicos.

La mujer estaba tan quieta que parecía una estatua. De haber sido aquel lugar un parque, yo hubiera dicho que era la creación de un artista original. Pero las

estatuas no van por sí solas junto a los barrancos, y las mujeres tampoco a menos que tengan una cita tan importante como puede serlo la cita con la muerte.

Debí adivinar que iba a ocurrir algo, pero confieso que en aquel momento no lo adiviné. Simplemente la silueta de la mujer me atraía tanto que me detuve a contemplarla como el que se detiene a contemplar en un museo un cuadro de esos que los maestros recomiendan que se miren, pero por cuya causa le meten a uno en la cárcel si se atreve a tocarlos con los dedos.

Algo así me ocurría con esta mujer.

Sabía que estaba lejana, que nunca podría rozarla con mis manos, que pertenecía a un mundo tan remoto como el de la Luna y las estrellas. Todo esto lo adivinaba yo instintivamente por su elegancia y por la rara distinción que emanaba de su figura. Pero la seguía mirando porque, a pesar de todas esas sensaciones, aquella mujer y yo estábamos tan próximos como los dos únicos seres vivos que se encontrarán en un lejano planeta.

Me acerqué un poco más a ella, y entonces me di cuenta de que vacilaba. Estuvo a punto de caer.

¿O fue a lanzarse y le faltó decisión en el último segundo?

Corrí hacia ella. Nunca me han gustado los suicidas, y ello en buena parte porque el suicidio es siempre un acto estúpido, del que sin duda se arrepienten todos los que tienen tiempo. La mujer vaciló otra vez, y ahora no me quedó duda de que le faltaba la decisión en el último segundo. Antes de que repitiera su intento la sujeté por la cintura. Podía haber tenido la mala suerte de que la persona que se encontraba allí fuera un viejo decrepito, en cuyo caso tal vez mi abrazo no hubiera sido tan entusiasta. Pero no todo van a ser infortunios en la vida de uno. La mujer a la que sujeté era algo impresionante, y una vez sujeta puedo prometer que hubiera hecho falta algo así como un voto en contra del Comité de Seguridad para obligarme a soltarla.

La mujer se debatió. Parecía desesperada, atónita o las dos cosas a la vez.

—¡Suéltame! ¡No se meta en esto! ¡No le importa nada! ¡Me oye? ¡No le importa!

—¿Pero qué pretendía hacer, loca? ¿Se ha dado cuenta? ¿Por qué quería hacer esto, si es que puede confesarlo a alguien?

—Porque ellos me amenazaban —dijo con los ojos cerrados y apenas con un hilo de voz.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Y entonces fue cuando la mujer dijo aquella frase sin sentido, absurda, pero que causaba como un escalofrío en la espalda:

—Ellos. Los muertos.

A aquella distancia la luna ya no hacía parecer blancos los cabellos de la muchacha, pero arrancaba destellos extraños y mortecinos a sus ojos.

—¿Los muertos? —silbé.

—A usted no le importa esto —se revolvió ella con una energía que no esperaba—. ¡No le importa a nadie, y nadie me puede ayudar! ¡Solo yo lo entiendo y necesito que me dejen sola! ¿Comprende? ¡Sola!

Tiré de ella un poco, para apartarla del barranco, y cuando lo hube conseguido la solté, mirándola. Ahora, vista así, de cerca, ya no me parecía tan joven, aunque evidentemente no tenía más allá de los veinticinco años. Desde luego vestía con una singular distinción, y en sus dedos y en los lóbulos de sus orejas había distintas joyas. Su vestido, como ya me había parecido desde lejos, no había sido hecho por un cualquiera, sino por uno de los mejores modistos de la ciudad. Era una de esas mujeres de las que, aun cuando uno las vea en traje de baño, piensa: «Esta es una auténtica señorita. Seguro que para el invierno tiene un abrigo de visón».

Pero todos estos pensamientos no tenían sentido, y sobre nosotros estaba la noche, y como flotando en el aire aquellas extrañas palabras: «Los muertos».

Me estremecí.

—Quisiera que nos alejásemos de este lugar —dije—. No tema, no trato de detenerla ni de imponer mi voluntad. Creo, simplemente, que le conviene a usted tomar algo y tranquilizarse. Permítame que la invite. Pasaba por aquí casualmente y la he visto. No dé a mis actos ninguna importancia especial.

Siempre he tenido la sensación de que hablar así tranquiliza a la gente. Puede que no sea verdad, pero aquella mujer se tranquilizó. O por lo menos estaba tan anonadada que todo le importaba lo mismo. Se dejó conducir mansamente.

Salimos de la zona terrosa y penetramos en la zona débilmente iluminada de la calle Sesenta y Tres Oeste.

—¿Adónde me lleva?

Su voz resignada, débil, no denotaba curiosidad, sino más bien una especie de fatalismo.

—No lo sé aún. Puede que haya algún bar por aquí, algún sitio donde usted pueda tomar algo reconfortante.

—No necesito nada. Más vale que me deje y siga su camino. Ninguno de ustedes puede hacer nada por mí.

—¿«Ustedes»? ¿A quién se refiere?

—Los policías. Ustedes los policías. ¿O acaso no lo es? ¿No estaba haciendo una especie de ronda por esa calle?

—¿Policía yo? —reí—. Nunca se me ha ocurrido tal cosa; me habrían expulsado ya cien veces por desobediencia, falta de respeto a los superiores e incumplimiento de las órdenes recibidas. No, a mí no me gustan esas cosas. Yo soy simplemente un escritor de novelas especializado en temas del Oeste. ¿Sabe? —añadí con cierto orgullo—. Manejo bien el revólver, sé tirar el lazo y viví varios años en Nevada.

Pareció como si mis palabras decepcionasen un poco a la mujer. Quién sabe lo que entonces debió pensar, pero seguramente ella consideraba lógico que en aquellas circunstancias la hubiese salvado un policía. El que su salvador fuese un novelista que declaraba saber manejar el revólver, parecía fastidiarla bastante.

De todos modos su rostro seguía denotando indiferencia. Indiferencia y fatiga. Allado de esto, todos los demás sentimientos o sensaciones eran nada más como sombras a ras de piel.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó, sin embargo, sin duda por simple cortesía.

—Silver Kane.

—No le he oído nombrar, aunque... ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Una vez, estando enferma, leí una novela suya. No me gustó porque era demasiado trágica.

—Según en qué momentos el Oeste fue trágico, y no podía describirlo de otro modo. Pero si usted supiera cómo paga esas novelas mi editor, la situación le iba a parecer mucho más trágica todavía.

No habíamos encontrado ningún bar abierto en la calle Sesenta y Tres Oeste. Pero sin darnos cuenta nos encontramos frente al *snack bar* donde yo antes me había detenido, y que todavía seguía abierto. Hasta la calle llegaba ahora muy suavemente una canción de Elvis Priestley. Un negro movía los pies al compás mientras contemplaba lánguidamente la luna.

—Entremos aquí. Si no le gusta este sitio podemos tomar un taxi y la llevaré a su casa. Pero creo que la confortarán la luz y el tomar algo caliente.

Ella se encogió de hombros.

—Es igual. Tampoco pienso volver a casa.

Si tenía que mantenerla yo aunque fuese durante unas horas, estaba bien listo. Pero me callé este lúgubre pensamiento.

Dentro, mientras nos sentábamos a una mesa, la miré otra vez. No era una niña, pero se hallaba en esa edad en que las mujeres empiezan a ser de verdad inquietantes. Puede que tuviera historia. Puede que supiera cómo besan los hombres, cómo se ofenden, cómo prometen cosas que no cumplirán jamás. Puede que los hombres tuvieran algo que ver con los extraños movimientos que ella estaba haciendo al borde de un barranco cerca de la calle Sesenta y Tres Oeste. Pero la mujer a la que yo ahora tenía enfrente había dicho una cosa muy distinta. Había dicho que la culpa de todo la tenían los muertos.

Veinticinco años, cabellos semirrubios, un cuerpo esbelto, un rostro que hubiera servido para anunciar cualquier cosa en un *magazine*. Y seguramente era rica. ¿Por qué había llegado a pensar la insensatez de quitarse la vida?

—Le sentará bien una taza de café cargado —insinué—, y una copa de licor.

—Tomaremos lo que usted quiera. En realidad todo esto está de más. Yo ya no debía encontrarme aquí, sentada ante la luz, sino a obscuras y en el fondo de aquel barranco. Todo lo que ahora tome y haga es como una propina que ya no necesito.

—Está usted muy deprimida, y lo primero que debe intentar es darse cuenta de que aún vive, y de que vivir, al fin y al cabo, es hermoso. Nada hay más estúpido y cobarde que dejarse vencer por las ansias de muerte que en el fondo, muy escondidas, todos llevamos dentro. Beba esta copa y quizá acabará viendo las cosas de muy distinto modo.

Había hecho una simple seña al camarero y nos estaban sirviendo ya. En aquel *snack bar* y a aquella hora había incluso servicio. Las bandejas de las horas de más afluencia dormitaban en sus rejillas la entrada del establecimiento. Yo hablaba en voz baja, como un conspirador. La mujer no me miraba siquiera.

—Es inútil cuanto me diga —susurró al fin—. Es inútil cuanto me digan todos. Los muertos siguen allí y ellos me van señalando el camino. Ellos han vuelto. Mientras nosotros dormimos, o mientras andamos por las calle; durante la noche, o mientras contemplamos las estrellas desde una ventana abierta, ellos vuelven y nos hacen compañía.

«Ellos vuelven y nos hacen compañía». No supe bien por qué pensé en Cottet. Él estaba allí, en la ciudad, quieto en alguna habitación sobre la que tililaban las estrellas. Él estaba allí y sabía cosas que mientras viviese yo no sabría nunca, podía hacer cosas que no estaba en mi mano hacer. Él quizá pudiese volver junto a mí. como los otros de que aquella mujer hablaba. Y de repente, al pensar en eso, lo vi todo negro. Elvis Priestley había dejado de cantar.

—Tiene que contarme todo eso.

—No lo puedo explicar a nadie. Es ridículo, grotesco y terrible lo que ocurre. Si una cosa es ridícula, si una cosa es grotesca, si una cosa es horrible, no pasa nada. Pero lo que no puede soportarse es que sea las tres cosas a la vez. Nada podré explicarle porque no comprendería. Nada tiene sentido, ni es verdad. Toda la sensación de un lento caminar por un túnel que está lleno de niebla.

—Nada hay que no pueda explicarles y todas las cosas de este mundo pueden ser comprendidas. Basta poner atención, inteligencia, un poco de buena voluntad.

—Dice usted «todas las cosas de este mundo». Y aquí está la falsedad de su pensamiento.

—¿Sostiene acaso que lo que le ocurre no es de es mundo, sino del otro? —pregunté, sintiéndome más incómodo cada vez. Y es que por la expresión dela mujer yo estaba adivinando que ella no exageraba, ni mentía. Yo me estaba dando cuenta de que en sus palabras latía la verdad.

—De todos modos puede contármelo. Ha de haber algún punto de partida, por imprecisable que sea, y ese sí que será de este mundo. Todo ha empezado con algo que la rodea a usted, con algo que quizá está a su lado todavía. Hábleme de ello y luego, si quiere, guarde silencio. Pero primero beba un poco y mire a la luz.

Ella bebió, contemplando el resplandor de las lámparas. Ahora la música era un *blues*, y el negro que antes se hallaba en la puerta había entrado y sobre la barra seguía el ritmo con sus dedos largos y huesudos.

—Es fuerte esto —dijo la mujer—. No dudo de que animaría a cualquiera. Pero no sirve de nada cuando las cosas que se han de vencer están demasiado adentro.

—Hábleme de eso —pedí—. Hábleme de la persona con la cual ha empezado todo.

—No lo comprenderá.

—Nadie comprende a nadie. Pero al mismo tiempo no hay problema que otro no pueda sentir. Hábleme de esa persona.

—¿Cómo sabe que se trata de una persona? Podría ser una cosa, un detalle, un amuleto tal vez. Hay gente que atribuye virtudes mágicas y poderes terroríficos a los amuletos.

—Usted no es de esa clase de gente.

Suspiró.

—Es inútil hablarle de todo esto. Se echará a reír. Dirá que es una fantasía, una novela, y quizá acabe dándome una tarjeta para su editor. En realidad nadie puede ayudarme en esto.

—Puede ayudarse usted misma. ¿Se ha detenido a pensar en ello? Aun cuando estemos solos, hay siempre en nuestro interior una fuerza capaz de defendernos. Esa fuerza se llama a veces fe, a veces resignación, a veces olvido. Lo que nunca se ha llamado es silencio. Las cosas que nos guardamos llegan a aposentarse en nuestro interior y nos devoran por dentro.

—Ridículo. Todo ridículo —dijo ella—. Sé que no me va a entender. Usted sería el primero en hacer una mueca incrédula si yo me dejase vencer y le hablara de todo esto.

—No se trata de dejarse vencer. Podemos hablar como amigos, o si quiere hable para sí misma. Remóntese al momento en que «eso» no existía para usted.

El momento en que usted era una mujer como las otras. Sin duda hubo un tiempo en que «eso» no existía.

—Hace solo tres días —susurró ella— yo no hubiera soñado con una situación así.

—¡Tres días! No hay temor ni inquietud que llegue a arraigar firmemente en ese tiempo. Estoy seguro de que si remonta sus recuerdos hasta antes de esa fecha, lo verá todo de una manera muy distinta.

—No puedo. Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De quién?

—¡Tengo miedo de mi propia hermana!

La frase, aunque dicha en voz baja, partió de sus labios con una fuerza, con una intensidad que me hicieron echar la cabeza hacia atrás ligeramente. Puse ambas manos sobre la mesa y susurré:

—No complique las cosas. No llegue antes de tiempo al final. Ahora dígame sencillamente su nombre.

—Me llamo Hada Herbert. Mi nombre no le diré nada, aunque soy la heredera de una familia muy rica. Mi padre es Aldous Herbert, que fue durante algunos años periodista internacional y luego estableció una agencia de noticias con ramificaciones en toda la costa atlántica.

—Sé quién es su padre —dije—. Y es curioso.

—¿Curioso? ¿Por qué?

—Durante un tiempo me debió dinero.

Hada encajó mal la noticia. Pero conseguí al menos mi propósito, que era hacerla reaccionar.

—Es usted demasiado joven para haber llegado directamente hasta Aldous Herbert. Y lo es mucho más para conseguir que él le debiese dinero.

—Habla usted de «conseguir» eso como si costara algún trabajo. Que le deban a uno dinero es lo más fácil del mundo, si se descuida. Además, Aldous Herbert era un hombre cordial, que recibía a todo el mundo. No me fue difícil llegar hasta él, ni lo era para nadie.

La tirantez que reflejaban los músculos de su rostro, y que hablaba de un carácter agresivo y un tanto violento, se relajó. Su expresión volvió a dulcificarse y nuevamente fue la de la muchacha que yo había visto bajo la noche, dejándose acariciar los cabellos por la luz de la luna.

—Si mi padre le debe dinero, yo puedo pagárselo —dijo de todos modos, un poco violenta aún—. Soy rica.

—No he querido insinuar que esa deuda existiera aún. Ni qué valiera la pena hablar de ella. Pero en cambio sí que tal vez valga la pena hablar de sus hermanas. ¿Cuántas son?

—Somos tres. Yo la mayor. Luego me sigue Ethel, y por fin Sonia; que tiene veintidós años. Mi edad, por si le interesa, es la de veintiséis. Nos llevamos justamente dos años cada una de nosotras.

—Bien —suspiré—. ¿Cuál de sus hermanas es la que le da miedo?
—Ethel —susurró—. Ethel. Y lo más extraño del caso es que me da miedo una mujer que ningún daño puede hacer a nadie, porque está ciega.

Sentí como un golpe muy suave, igual que si el viento hubiese arrastrado un papel hasta mis ojos. Se crisparon mis manos sobre la mesa, y al notarlo traté de relajarlas para dar la impresión de que aquello no me había causado el menor efecto. No obstante mi voz era un poco temblorosa cuando miré a Hada y pregunté:

—¿Ciega?

—Hace tres meses que lo está. No ve absolutamente nada.

—¿Accidente?

—Sí, fue accidente.

—Estará en tratamiento, supongo, una mujer no puede renunciar a todo a los veinticuatro años.

—¡Oh, sí, lo está! —dijo con desinterés, como si su defensa ante el miedo consistiese en simular indiferencia—. Varios especialistas la visitan continuamente, pero nadie adivina lo que le pasa.

—Lo que le pasa debe ser algo muy importante por sus palabras. Algo muy importante aparte de la ceguera.

—Ve cosas que yo no puedo ver —dijo Hada, estremeciéndose.

—No la comprendo. ¿Qué cosas? ¿Y qué tiene eso que ver con los muertos?

—Ya le he dicho que no me comprendería.

—Puedo intentarlo. Y tengo la sensación de que estoy ya muy cerca de entenderla. Pero no debe usted sentir temor de su hermana ciega, aunque ella diga cosas extrañas en su terrible soledad.

—Las cosas que dice son ciertas.

La realidad era que no la comprendía bien. Aquello lo mismo podía ser una historia alucinante que el relato de una muchacha semiloca, relato hecho con trozos de alucinaciones, de pensamientos fanáticos y de pesadillas. Pero Hada no era de sea clase de mujeres que se dejan vencer por un pensamiento más o menos. Tenía aún montañas de energía dentro de sí, y me los había demostrado bien claramente con el brillo de sus ojos solo cuando le hablé de su padre.

Apreté mis manos, cerrándolas, y me preparé entonces para la pregunta decisiva.

—Ahora hábleme de ellos.

—¿De los muertos?

—Al decir ellos, solo a los muertos puedo referirme. ¿Qué sabe su hermana? ¿Qué ven sus ojos ciegos que nuestros ojos no puedan ver?

—Lo ve todo.

—Dígame quién fue el primero de los muertos —susurré, preparándome en parte para oír una tontería y en parte para oír algo terrible, pero la respuesta fue de lo más tajante y concreto. Dio esa sensación de realidad de las cosas que solo tienen una cara.

—Clark

—¿Clark? ¿Quién era Clark?

—Uno de nuestros mejores amigos. Algo mayor, pero buen muchacho. Se había llegado a pensar que Ethel y él acabarían teniendo relaciones. Hubo quien lo dijo.

—¿Qué le ocurrió a Clark?

—Desapareció hace dos meses.

—¿Por consiguiente, su hermana Ethel ya estaba ciega entonces...?

—¡Oh, Dios mío, me está preguntando como un policía!

En la sala se volvía a escuchar la voz de Elvis Priestley. Estaba de moda, y en las salas de baile era como el gran brujo de los danzarines blancos. El camarero se acercó y me dijo al oído, como un secreto:

—Le ruego que invite a la señorita a cualquier otro sitio. Dentro de media hora vamos a cerrar.

—Nos marcharemos dentro de quince minutos.

Dejé transcurrir unos instantes, para que se calmara el temblor nervioso que advertía en los dedos de Hada, y luego le pregunté:

—Ethel ya estaba ciega. ¿Y cómo desapareció Clark?

—Como desaparecía otras veces. No llamó la atención de nadie. Clark era así, un poco como las tormentas o como los pájaros.

—¿Viajaba mucho?

—Muchísimo. Recuerdo que hace dos años estuvo un mes seguido en Nueva York. Fue un acontecimiento.

—Siendo así, no podría contar con amistades demasiado sólidas. ¿A qué se dedicaba?

—Era representante. Los mejores aparatos que producía la industria eléctrica de nuestro país, los vendía él. Por eso viajaba tanto, y por eso podía ganar tanto dinero y usar tantas joyas.

—¿Joyas?

—Eran su debilidad. Había llegado a llevar en sus manos hasta tres anillos. Pero no crea que Clark tuviese gustos femeninos ni fuese un hombre extraño. Decía que por su trabajo tenía que tratar continuamente con mujeres, y que así las mujeres se fijaban en él.

—Es curioso, y al mismo tiempo es consolador. Usted casi ha vencido su miedo. Habiendo partido de un punto inconcreto, todos los detalles se aparecen con más lógica y, por decirlo así, con más luz. Seguro que lo de Clark tiene una explicación natural. ¿Por qué sabe usted que ha desaparecido? ¿Por qué puede afirmar que no se encuentra en uno de sus viajes?

Confieso que quería animarla, pero confieso también que la expresión de ella no me gustó.

—No está viajando. Se ha parado ya.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque está muerto.

Me encogí de hombros.

—¿Muerto? ¿Se da usted cuenta de lo que significa afirmar una cosa así sin tener todas las pruebas? ¿Quién puede asegurar que Hitler, por ejemplo, esté muerto? ¿Cuántas personas desaparecen durante cinco, diez, o hasta veinte y treinta años, y luego vuelven como si el tiempo transcurrido no tuviera la menor importancia?

—Usted acaba de emplear la palabra «volver». Y Clark ha vuelto, ciertamente. Pero no de la forma que todos esperábamos. Ha vuelto después de morir.

—Estamos dando vueltas a un punto que no nos llevará a ninguna parte; ¿Cómo sabe que ha muerto?

—Porque lo ha dicho Ethel.

Sentí deseos de reír. En aquel momento no lo hice por delicadeza. Y porque se aproximaba la hora de pagar.

—¿Es que Ethel adivina las cosas?

—Así es. Sobre esto no puede caberle la menor duda.

—He oído hablar de muchas personas que poseen facultades extrañas, y que incluso han llegado a demostrarlas. Pero una ciega está en peores condiciones que nadie para adivinar. La adivinación no existe, pero sí puede uno anticiparse a las cosas sacando deducciones de lo que ha observado y lo que ha visto. Desgraciadamente los ciegos, que tienen otras cualidades, no gozan de esta facultad. —Hada rió unos instantes. Sí, rió triste y silenciosamente, y yo casi diría que lloró riendo. Pero en el fondo se estaba burlando de mí. Se burlaba porque yo era tan estúpido, tan incrédulo, que aún no había llegado a darme cuenta de que detrás de sus explicaciones latía una espantosa verdad.

—Ethel adivina las cosas —susurró—. Me di cuenta de ello cuando ocurrió lo de aquel vestido blanco.

—¿Qué ocurrió con aquel vestido blanco? ¿Desapareció, igual que Clark?

—Sí; en efecto. Era uno de mis mejores vestidos, una maravillosa pieza de moaré. Muy delicada, y quizá por eso solo lo usaba de tarde en tarde. Un día desapareció y lo estuve buscando febrilmente por todos los rincones de la casa. No lo había prestado a nadie, y tenía que habérmelo robado por fuerza alguno de los sirvientes. Cuando le expuse esa certidumbre a Ethel, ella me miró, sí, me miró con sus ojos que no podían verme, y me dijo: «Está en el vestíbulo, debajo de los impermeables. No ha llovido hace quince días y nadie los ha movido de allí. Pero levántalos y debajo encontrarás tu vestido blanco».

Hada había dicho esto en voz baja, profética y como si estuviese repitiendo las palabras de su hermana. Una voz que no tenía nada de estafalaria, ni de

teatral, ni de falsa. Sus recuerdos hablaban a través de ella con una voz así. Y por eso yo, al oírla, sentía en las espaldas una especie de frío.

—¿Estaba? —susurré.

—Sí, estaba.

—Pudo haberlo notado ella por casualidad, con el tacto. Simple cuestión de suerte.

—El vestido llevaba quince días sin aparecer. Y Ethel llevaba más de veinte postrada en cama a causa del accidente. No bajó al vestíbulo una sola vez. No pudo tocarlo.

Quise quitar importancia a aquello.

—Casualidad. Su hermana debe ser observadora. Si habían mirado en todos los sitios de la casa menos allí, Ethel adivinó de una forma natural que era allí donde tenía que estar.

—Sí, pero al cabo de un tiempo dijo lo de Clark.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Que estaba muerto.

—De eso hemos hablado ya. Es una afirmación completamente gratuita. Pudo decir que estaba muerto por la sencilla razón de que había desaparecido. ¿Pero qué pruebas hay de eso?

—Su cadáver.

La voz de Hada resonó esta vez con demasiada firmeza. Vi que su convicción era en estos momentos superior a su miedo. Y empecé a pensar si aquella noche no estaría embrujada, o si el recuerdo de Gladys diciendo que iba a cambiarse al cuartito no me habría vuelto loco.

—¿Su cadáver? —pregunté.

—Yo lo he visto.

—Es muy extraño lo que explica ahora. Ha dicho que no la entendería y la entiendo. Ha dicho que me reiría de usted y siento deseos de cualquier cosa menos de reírme ahora, pero no acabo de ver claro en esto. Hay algo que no liga, que está por encima de los pensamientos y de la razón.

—Por eso yo me había desesperado. Por eso sentí tanto miedo que...

—No siga. Iba usted a decir una tontería.

—¿Pero usted piensa que es peor la que estuve a punto de hacer, no?

—Exactamente. Quitarse la vida es la peor de las estupideces. La muerte es lo único que no tiene remedio, y un suicida es precisamente eso lo que va a buscar. Si todos tuviesen la suficiente serenidad para pensar por lo menos un poco...

—En mi caso el pensar no sirve de nada. Ya lo está viendo usted.

—Creo que podríamos hacer una cosa —dije, con el buen deseo de ponerle de manifiesto que era imbécil—. Podríamos ir a ver el cadáver de ese joven llamado Clark. ¿Lo ha visto usted?

—Le he dicho antes que sí.

—Pero, ¿lo ha visto en realidad o... ha imaginado verlo?

Noté que Hada se mordía los labios confundida, y empecé a sonreír. Los hombres somos tan imbéciles que sonreímos cuando menos falta hace. Ella lo notó, e instantáneamente dejó de morderse los labios para adoptar una actitud distante y fría.

—Creo que estamos hablando demasiado, señor Kane. Y que todas estas cosas no nos llevarán a ninguna parte.

—Yo solo le he preguntado si ha visto usted realmente el cadáver de ese joven llamado Clark.

—No lo he visto aún con los ojos del cuerpo, que son imperfectos. Pero sí con los ojos del alma.

—¡Ah, vamos, con los del alma!

Empecé a temer que Hada fuera algo así como una chiflada. El peligro de los chiflados está en que uno acaba siempre igual que ellos, a poco que frecuente su trato.

—Se está usted riendo de mí, señor Kane. Y me parece sencillamente ridículo.

—Si cree que soy de esa clase de hombres que se ríen de las mujeres, se equivoca. Me reí una vez de mi madre, cuando era pequeño, y el año pasado aún tenía la señal en un ojo.

—De un modo u otro, veo que no ha creído nada de cuanto he estado diciendo. No es que eso me preocupe, porque las cosas son verdad o mentira sin importar para nada las opiniones que nosotros tengamos. Pero si no va a hacerme caso, no es necesario que me escuche. Ni era necesario que me trajese usted aquí.

—Pretendía animarla. Este es el único sitio un poco luminoso que hay en todos estos contornos.

—Pues no lo ha conseguido. No me gusta el color tan blanco de todas estas mesas. No me gusta la música de Elvis Priestley que están tocando continuamente aquí. ¡Y no me gusta que la gente no me crea, que me tome por loca!

—Por favor, no se excite. No vamos a conseguir nada discutiendo. Yo solo pretendo convencerla de que está equivocada, y que todo lo que le ha dicho su hermana Ethel obedece a un conjunto de casualidades. Los ciegos suelen rodearse involuntariamente de una cierta aureola de misterio. Viven en un mundo aparte, un mundo que deja de ser el nuestro al cabo de poco tiempo, y que al final no comprendemos. ¿Qué es lo que ha ocurrido al fin con su hermana Ethel? Que ha adivinado dónde estaba el vestido blanco. Eso es todo. En la vida todos adivinamos por casualidad docenas de cosas así.

—¿Adivinaría usted que una determinada persona ha muerto y sabría además decirme dónde está su cadáver, señor Kane?

Ahora era ella la que se reía de mí. Se reía sin ruido y sin doblar los labios, como contemplando desde una altura imaginaria mi pequeñez y mi impotencia para entenderla. Aquello hubiese sacado de sus casillas a cualquiera. No me agradecía para nada el que le hubiese salvado la vida. No me agradecía

para nada el que estuviese gastando con ella mis últimas monedas. Se reía de mí, eso era todo.

—¿Y dónde está el cadáver de Clark, si puede saberse? —pregunté con cierta irritación.

—En Villa Mónica.

La seguridad de sus afirmaciones era tajante. Uno se quedaba paralizado al oír la hablar así. Bebí los últimos restos de mi copa de licor y le pregunté:

—¿Qué es Villa Mónica?

—Una finca que compró hace muchos años, en los últimos confines de Long Island, un italiano llamado Giacomo Perducci. Le puso Villa Mónica en memoria de su mujer, que se había llamado así. Luego Perducci dejó de vivir en los Estados Unidos, y la casa se fue convirtiendo poco a poco en una ruina. Eso es ahora: una ruina con un cadáver dentro.

—¿Cómo lo sabe usted si no lo ha visto? Y no me hable otra vez de los ojos del alma porque la enviaré a un óptico.

Ella no se ofendió por la frase, que tenía muy poco de delicada.

—Usted también lo vería si hubiese estado en Villa Mónica y Ethel se lo hubiese explicado todo con tanto detalle.

—¿Qué fue lo que Ethel le explicó? ¿Y cuándo?

—Hemos estado hablando de ello hoy mismo, al atardecer. Recordábamos a Clark, que era muy alegre y muy buen compañero. De repente ella se ha puesto muy seria y ha dicho: «Sé dónde está Clark». Su rostro estaba muy pálido, tan pálido que parecía de cera, y sus labios tan apretados y exangües que casi no se les distinguía sobre el rostro. Yo no sé si ha visto usted alguna vez esas imágenes de rostros que están en éxtasis o en trance. De haberlos visto habría pensado inmediatamente que el de Ethel era uno de esos rostros. «Está en Villa Mónica —continuó—, en la biblioteca, con la cara vuelta hacia el Norte. Cualquiera que vaya lo puede ver allí. Tiene las manos encogidas a la altura del corazón.»

El tono de su voz era sencillamente profético. Tenía los ojos muy quietos y yo creía estar oyendo a la ciega Ethel, a la que no conocía aún. Sus labios se movían muy poco, y a veces quedaban también tan apretados que era imposible distinguirlos en el rostro.

—Si cualquiera puede verlo, ¿cómo es que no lo han descubierto ya? —pregunté, tratando de mantenerme incrédulo.

—No olvide que Villa Mónica es una propiedad privada. Hace falta tener llaves para entrar allí.

—¿Y quién tiene las llaves?

—Todos los amigos de Giacomo Perducci.

—No la entiendo.

—Giacomo Perducci era un hombre solo ¿Sabe usted lo que significa eso?

—No, no. Mis acreedores no me han dejado solo nunca.

—Voy a hacer caso omiso de las palabras con que intenta usted animar el ambiente, señor Kane. Giacomo Perducci era un hombre solo, y estar solo a su edad es triste, aunque los demás no lo comprendan. Por eso gustaba de reunirse con gente joven y alegre, como nosotros. Por ejemplo Ethel y Sonia, mis hermanas, y yo misma. Porque yo he sido una mujer alegre hasta esta noche. Entre los hombres se encontraban Clark y algún otro. Todos teníamos llaves de Villa Mónica para ir allí cuando nos viniese en gana, estuviese Perducci o no. Improvisábamos reuniones alegres, bailes, conciertos... Por eso conocíamos Villa Mónica como nuestra propia casa.

—¿Debo entender que usted tenía unas llaves, Ethel otras y Sonia otras? —pregunté.

—Oh, no. No era necesaria tanta complicación. Las llaves de Villa Mónica las guardo yo, que al fin y al cabo soy la mayor de las hermanas.

—¿Y Ethel no las ha tenido durante todo este tiempo?

—Las llaves están en mi poder. No las he dado a nadie desde hace tres años, desde la última vez que Giacomo Perducci estuvo en los Estados Unidos. Y si cree que Ethel ha podido llegar hasta allí, se equivoca. Ethel no sale sola de casa desde el accidente. Y aun dando por supuesta la absurda posibilidad de que hubiera salido de nuestra casa, no hubiese podido llegar sola hasta el extremo más alejado de Long Island.

—Sí, sí, lo comprendo —dije, deseando no llevarla la contra—. Ethel le ha dicho todo eso y usted, que conoce perfectamente Villa Mónica ha imaginado ya a Clark, con las manos agarrotadas a la altura del corazón, la cara vuelta hacia el Norte y los ojos espantosamente inmóviles. Lo ha imaginado en la biblioteca, tal como Ethel ha dicho. Pero eso, claro está, no prueba nada. ¡Si supiese usted las cosas que yo he llegado a imaginar en esta vida! Bueno, tal vez usted misma me habría roto una taza en la cabeza de conocer mis pensamientos.

—Los pensamientos de todos los hombres son espantosamente iguales, y lo único que producen es una sensación de hastío. Bien, señor Kane, creo que hemos hablado bastante. Ha sido un placer conocerle.

Se puso en pie. Tenía tal expresión de extravío en los ojos que yo comprendí que en todo este tiempo no habíamos ganado nada. Al quedar otra vez sola, y al enfrentarse de nuevo con la noche y con todas esas cosas inconcretas, misteriosas y extrañas que la noche trae consigo, volvería a sus terribles pensamientos. Tenía que acompañarla, y además, la verdad, yo también tenía la sensación de que esta noche no era como las otras.

—La acompañaré hasta su casa —mustié.

—Más valdría que me acompañase a un precinto de Policía o a un hospital. Al menos eso es lo que está pensando.

—Puedo asegurarle que no pienso desde que la he visto a usted esta noche. Pero de todos modos insisto en acompañarla a su casa.

—Haga lo que le parezca.

Pagué, suspiré, lancé una maldición por lo bajo y salimos del local. Fuera, nos esperaba la noche.

—¿Quiere que tomemos un taxi?

—No. Tengo mi automóvil detenido aquí cerca.

Me dejé conducir por Hada, y a unos trescientos metros encontramos un mercedes Benz de importación, tipo 220, que en los Estados Unidos resultaba más caro que cualquier coche nacional.

—¡Maldita sea! ¿Se atormenta por estúpidos pensamientos y no da importancia al hecho de tener un automóvil así?

—Este es el coche de mi familia. No es mío. Me lo dejan usar de vez en cuando y como quien siente lástima.

Latía un cierto rencor en la voz de Hada. Decidí no hacer caso, puesto que aquello no era de mi incumbencia. Al penetrar en el coche, y sin mediar palabra, yo me puse ya al volante. Hice arrancar y, aun cuando pronto entré la directa, fuimos siempre a una moderada velocidad. Al cabo de unos instantes, Hada me miró, sorprendida.

—No le he dicho aún adónde vamos. ¿Es que también adivina usted las cosas?

—Yo no adivino nada. Simplemente ocurre que vamos a Long Island.

Se estremeció y trató de poner el pie izquierdo sobre el pedal del freno, pero se lo impedí de una forma muy poco académica. Creo que con el zapato debí rasgarle la media. Comenzó a insultarme en voz baja y por fin quedó quieta, con la cabeza echada hacia atrás, como dormida. Pero tenía los ojos abiertos, y yo adivinaba su mirada inquisidora clavándose en mi rostro. Era una mirada que no tenía nada de dulce, pero que hacía recordar a esas mujeres que parecen insultar con los ojos al hombre que no se atreve a besarlas.

—¿Qué dirección es? —le pregunté.

—Va usted bien. Y si tiene alguna duda, pregúntele a Ethel.

—¿Tiene usted una fe ciega en las dotes adivinatorias de su hermanita, eh?

—Usted no es más que un incrédulo decepcionado por la vida. Pero no nos preocupemos; la vida misma se encargará de enseñarle.

—Sí, la vida —murmuré, con esa sensación que se experimenta al decir una frase completamente vana.

Estábamos llegando a los últimos confines de Long Island. Ya no podríamos seguir mucho más allá. De repente, Hada levantó un poco la cabeza y me dijo:

—Tuerza a la derecha.

Torcimos.

—Ahora, entre en esa calle que parece un descampado. Al fondo verá una casa.

Sí, en efecto, la vi al cabo de pocos minutos. Era una casa alta, sombría, edificada por alguien que tenía el mismo gusto anticuado que los que compraron a los indios la isla de Manhattan. Era muy vieja, y no debía haber sido modernizada en lo más mínimo por el tal Giacomo Perducci. Las ventanas tenían un aspecto ojival casi grotesco, teniendo en cuenta el sitio donde la casa se hallaba

enclavada. Parecía como si los edificios que al principio iniciaban la calle, no hubieran querido seguir más allá para no acercarse demasiado a aquella reliquia de los tiempos pretéritos.

Junto a la entrada del jardín, había una placa de bronce que decía: «Villa Mónica».

—¿Es aquí?

—Sí.

—¿Y aquí organizaban eso que usted llama juergas y reuniones alegres?

—Tratábamos de sacar de la casa todo el partido posible. Por dentro está muy bien amueblada. Y además, ya le he dicho que desde hace dos años Giacomo Perducci no la cuida. Dos años son mucho tiempo para una casa tan vieja, y ahora tiene un aspecto de desolación que nunca tuvo. Sobre todo con el cadáver dentro.

—Ya volvemos con ese cuento, ¿no?

—Apuesto a que me ha traído aquí para demostrarme que estoy equivocada.

—Naturalmente. ¿Para qué otra cosa podía haberla traído aquí? ¿Para hablar de amor? No es que usted no lo merezca, pero yo no gano lo suficiente para hablar de amor a nadie.

No prestaba la menor atención a lo que hablábamos. Estaba como obsesionada. Volvió un poco la cabeza, como para mirar mejor la casa, y preguntó:

—¿Es que quiere entrar?

—Efectivamente. Si usted trae las llaves lo haremos como Dios manda. Si no, saltaré la verja.

—No se moleste. Aquí tiene las llaves. Me dio dos. Una grande, para la puerta de la verja, y otra más pequeña, para la puerta de la casa.

—Gracias. Acompañeme si no tiene miedo. Pero si lo tiene, puede quedarse en el coche.

—No podría quedarme sola aquí, ni siquiera con las puertas bien cerradas. Voy a acompañarle.

Apagué los faros, dejando encendidos tan solo los pilotos para marcar nuestra situación, y como dos sombras nos acercamos silenciosamente a la casa.

Costó mucho trabajo abrir la puerta del jardín, y mucho más la del edificio principal. Parecía como si durante siglos nadie hubiese puesto aceite en aquellas cerraduras. Yo notaba a mi espalda la presencia de Hada como una cosa cálida y dulce, pero inquietante. Como si a través de su piel emitiese al espacio, convertido en ondas que podían ser captadas por los otros, su propio miedo.

La casa, como era de suponer, olía a cerrado y a humedad. Hada me indicó dónde estaba el conmutador general de la luz, al cual di paso, y luego fuimos encendiendo las diversas bombillas. La casa daba una horrible sensación de soledad y de abandono. Ni en los muebles ni en las lámparas había fundas. Todo estaba cubierto de polvo.

—Ese Giacomo Perducci, ¿no dejaba a nadie para encargarse de la casa durante sus ausencias?

—No, a nadie. De vez en cuando venía yo, o Clark, y ordenábamos una limpieza. Pero como Giacomo lleva ya dos o tres años ausente, últimamente hemos perdido la costumbre. Y por supuesto no se me hubiera ocurrido venir sola sabiendo lo de Clark.

—Veo que no olvida usted eso fácilmente, pero pronto saldremos de dudas. ¿Dónde está la biblioteca?

—En el piso superior.

El piso superior estaba aún más sucio y daba una mayor sensación de soledad que el de abajo. Había puertas abiertas, dejando ver grandes y solemnes dormitorios y saloncitos llenos de antigüedades. A la biblioteca se debía entrar por una enorme puerta de roble, la única que parecía cerrada de toda la planta superior.

Hada confirmó mis pensamientos.

—Es ahí.

Abrí la puerta con cierta violencia y di vuelta al conmutador. Al hacerlo se iluminaron no solo la lámpara central, sino varias pantallas que estaban distribuidas por diversos rincones de la pieza. La biblioteca, aunque llena de telarañas, se me apareció como la única habitación un poco confortable y cuidada que había en la casa entera. Ciertamente no existían en ella muchos libros, y que se respiraba allí un soplo helado, pero de todos modos, si hubiese tenido que encerrarme en alguna habitación, yo hubiese escogido ésta.

—¿Lo ve? —dije con expresión triunfante—. Todo está vacío. Y dese cuenta de que no puede haber aquí un cadáver. No se advierte el menor hedor.

—Dos de las ventanas están abiertas. Se ha renovado constantemente el aire.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

Yo, desgraciadamente, entiendo un poco de muertos. Estuve cierta vez encerrado en una casa de un pueblo abandonado del Oeste, junto con tres cadáveres, esperando pacientemente a que al asesino se le ocurriese darse otra vuelta por allí. Estuve en Cali: hace muy poco tiempo, cuando la explosión de unos camiones cargados de TNT produjo un verdadero desastre, y vi docenas y docenas de cadáveres en un pequeño cementerio que recordaba al de los pueblos mediterráneos. Antes de esto había tenido ya otras muchas veces contacto con la muerte. Me creía capacitado para olerla y adivinarla allí donde estuviese, y por eso dije con expresión de suficiencia que allí no había ni había habido nunca un cadáver.

»Y aunque lo hubiese —añadí—, ¿qué le importaría eso a usted? Ciertamente sería muy inquietante esa misteriosa facultad de Ethel, o por mejor decir ese conjunto de casualidades. ¿Pero por qué le iba a afectar tanto a usted? Clark no era su novio. No había ningún motivo para que, aparte el disgusto consiguiente, se dedicara usted a hacer juegos de equilibrio cerca de un barranco, esta noche.

—Ethel no solo ha adivinado la muerte de Clark.

—¿Ah, no? Su hermanita no pierde el tiempo. ¿Qué más le ha dicho, si puede saberse?

—Me ha dicho que la muerte de Clark no es más que el principio de una cadena de muertes.

Esta frase me gustó muchísimo menos que todas las palabras anteriores. No me gustó absolutamente nada.

—De todos modos —dije—, ya ve que se ha equivocado. Aquí no hay ningún cadáver.

—El que se equivoca es usted, señor Kane.

Miraba a mi espalda, a un punto inconcreto y misterioso que estaba a mi espalda. Yo notaba algo muy extraño en sus ojos, en su voz, en su presencia toda. Me volví muy poco a poco, y detrás de mí vi una puerta. Era de gruesa madera de roble. Estaba cerrada y tenía la llave puesta.

Con movimientos nerviosos, sin poder dominarme, la abrí. Y al abrirla fue como si me hubiese recorrido una descarga eléctrica.

«Él» estaba allí.

Debía llevar unos tres meses muerto. El aire de la pequeña habitación se encontraba tan corrompido que tuve que dar un paso hacia atrás. Y lo di con mucha rapidez, además, porque al abrir yo la puerta, el cadáver vaciló y cayó al suelo. Cayó mirando hacia el Norte, en la misma dirección hacia la que había estado vuelto su rostro.